

Walther L. Bernecker

## México en el siglo XIX: ¿años olvidados y perdidos?

Hace no mucho tiempo, el siglo XIX mexicano todavía fue denominado una época “olvidada”. La turbulenta fase entre la independencia del país (1821) y el Porfiriato, en el último cuarto del siglo, parecía ser de difícil acceso analítico. En cuanto al desarrollo político, muchos seguían usando el epíteto de los “científicos” porfiristas y hablaban de la “época de la anarquía”, y en relación con la economía parecía haber una convicción generalizada de que se trataba de una fase “perdida”, de depresión y estancamiento. Poco a poco, esta imagen negativa ha ido perdiendo vigencia, y en la última década la investigación histórica sobre el siglo XIX mexicano se ha incrementado sensiblemente, aumentando nuestros conocimientos sobre el primer siglo de independencia del país y modificando al mismo tiempo la noción que existía sobre esta fase “oscura”. En lo que sigue, de la multitud de diferentes publicaciones recientes se presentará una selección que, si bien abarca sólo una modesta parte de lo que ha aparecido en el último lustro, permite ver el cambio de enfoque y el grado de diferenciación que ha alcanzado, entretanto, la historiografía sobre el México decimonónico.

Empecemos con dos publicaciones de carácter general e introductorio: El extenso libro del periodista e historiador Enrique Krauze sobre la historia mexicana de los siglos XIX y XX lleva por título *Biografía del poder*. Por la preponderancia política de la personalidad del presidente, el autor entiende la historia mexicana como una “biografía del poder”, y consecuentemente su libro es, en primer lugar, una serie de retratos de los gobernantes de México desde la independencia hasta finales del siglo XX. La concentración del poder y el caudillismo han marcado claramente la realidad histórica y contemporánea mexicana. El autor está tan convencido de esta tesis, que ha escrito, además del presente libro, una trilogía cuyos títulos son ilustrativos de su postura: *Siglo de caudillos (1810-1890)*; *Caudillos de la Revolución mexicana (1910-1940)*; *La presidencia imperial (1940-1996)*.

La sacralización del poder que explica en buena medida la personalización de la historia mexicana en las figuras de sus gobernantes, procede (según Krauze) de una confluencia del poder azteca con el poder de los virreyes españoles. Y esta sacralización ha pervivido hasta muy recientemente en el sistema político mexicano. Para resaltar la importancia de la tradición, intitula el primer capítulo de su libro “El peso del pasado”; allí habla de los descendientes de Cuauhtémoc, de la herencia de Cortés, de la función centralizadora de la Corona española, del papel unificador de la Iglesia, de la gran familia mestiza como se auto-entiende y define México. Los siguientes capítulos se aprovechan, naturalmente, de los tres libros ya mencionados, lo que se puede desprender incluso de los títulos de los capítulos: “El siglo de los caudillos”, “La Revolución”, “El Estado moderno (a partir de la presidencia de Ávila Camacho)”.

Empieza la serie de relatos con dos estudios sobre los curas insurrectos Hidalgo y Morelos, siguen los políticos del siglo XIX: Agustín de Iturbide, Lucas Alamán, Antonio López de Santa Anna, Benito Juárez y Maximiliano de Habsburgo, Porfirio Díaz, por mencionar sólo algunos de los más importantes. Sobre la Revolución, hay dos apasionantes capítulos sobre Zapata y Pancho Villa, los revolucionarios que han dominado y siguen dominando gran parte de la imaginación política mexicana, y naturalmente sobre los presidentes Madero (el “apóstol de la democracia”), Carranza, Obregón, Elías Calles y finalmente Lázaro Cárdenas (el “general visionario”). La galería del Estado moderno la conforma Ávila Camacho (el “caballero”), Alemán (el “empresario”), Ruiz Cortines (el “administrador”), López Mateos (el “orador”), Díaz Ordaz (el “abogado del orden”). A partir de entonces, desde el movimiento estudiantil y la matanza de Tlatelolco (1968), empieza “el ocaso del sistema” observado por Krauze hasta la presidencia de Zedillo. La “inevitable transformación” de la que habla el autor, empezaría con la derrota del PRI en las elecciones de 2000.

El autor resalta como una constante en la historia mexicana la continuidad desde la época prehispánica de los aztecas hasta hoy. Como ejemplo menciona la (s)elección del primer mandatario del país, desde los *tlatoani* aztecas hasta los presidentes del Partido Revolucionario Institucional (PRI): (casi) siempre era el voto del gobernante saliente el que decidía sobre el siguiente. Daniel Cosío Villegas caracterizó una vez la presidencia mexicana como una monarquía absoluta de seis años, hereditaria mediante transferencia colateral.

Una historia de México, como la escrita por Krauze, tiene sus méritos y sus deficiencias. Entre los méritos hay que destacar la plasticidad de los relatos, el acercamiento de los personajes históricos a la fantasía de los lectores, la conexión de crónica política con análisis de los hechos. Entre las deficiencias está la poca importancia que se le da a los tan importantes problemas económicos, sociales, fiscales, estructurales, que si bien reciben un tratamiento más o menos extenso, en el fondo no son los aspectos que interesan en primer lugar al autor.

De un alcance bastante más limitado, desde el punto de vista analítico y temático, es la introducción a la historia mexicana de Burton Kirkwood. En el prefacio, el autor resalta que el libro se debe al creciente interés en Estados Unidos por México y que el público lector al que se dirige son “secondary school students and the mainstream public”. El estudio no presenta grandes sorpresas, se atiene a los incisos cronológicos tradicionales de la historia política del país, empieza con la época prehispánica y llega hasta el año 1999, tratando de abarcar de manera más o menos mesurada todos los temas importantes del desarrollo histórico. “This study of Mexico follows the chronological development of prominent themes in the nation’s political, social, and economic evolution” (p. XI). Si bien el libro no es producto de investigaciones archivísticas, sí se basa en buenos libros históricos y antropológicos sobre México, está bien escrito y puede ser recomendado a quienes buscan una sucinta introducción en inglés.

Uno de los aspectos que caracterizaron el siglo XIX mexicano, el desarrollo del Estado liberal, es analizado detalladamente en el estudio de Guy Thomson y David LaFrance sobre patriotismo, políticas y liberalismo popular. Los autores se centran en una persona y en un lugar: Juan Francisco Lucas, el principal líder indígena de la Sierra de Puebla entre 1854 y 1917. Si bien se trata de un estudio local, sí aporta argumentos para explicar el proceso de formación del Estado mexicano en la segunda mitad del siglo XIX.

El primer origen de este estudio radica en el interés de Guy Thomson por examinar la relación entre política liberal y desarrollo del café como producto de negocios; más tarde desvió su interés de los aspectos socioculturales y económicos hacia otros más políticos y biográficos y se decidió a estudiar el surgimiento del liberalismo en el México decimonónico a través de un examen de sus actores locales más importantes. Partiendo de la biografía de un líder nahua de la Sierra de Puebla, se delinea su relación con los pueblos y las autoridades de la región y se reconstruye, de este modo, la política de la región. El autor mismo dice: “This work is a chronologically arranged political narrative that emphasizes the importance of contingency in determining political allegiances” (p. XVIII). El libro ilustra cómo, durante unos setenta años, las comunidades indígenas de la Sierra de Puebla indujeron, a través del liderazgo de Lucas, a sus representantes políticos a ejecutar los programas del Estado liberal de una forma aceptable a nivel local.

A lo largo del libro no sólo se examinan las divisiones existentes entre liberales y conservadores en el siglo XIX, sino también (y ante todo) entre los liberales radicales y los moderados; e insistiendo en estas divisiones, el estudio se diferencia de muchos otros sobre el liberalismo decimonónico mexicano que insisten en la existencia de una gran “familia” liberal más o menos unida. Incluso se continúa el estudio hasta la fase de la Revolución Mexicana cuando las divisiones de antaño volvieron a surgir. A lo largo de centenares de páginas se describe épicamente la vida particular y profesional de Lucas, sus relaciones con la población indígena de la Sierra, con los otros líderes regionales así como con políticos a nivel nacional, ante todo Porfirio Díaz, sus luchas en diferentes levantamientos y rebeliones, su participación en la guerra contra los franceses en los años sesenta. El libro es un buen ejemplo de cómo un estudio local y biográfico puede servir de manera ejemplar para tratar aspectos de gran importancia para el desarrollo del país a nivel nacional.

En el estudio de Richard A. Warren se demuestra el papel crucial que tuvieron las masas urbanas en el proceso político de la Colonia a la República independiente. El autor examina el mundo político de Ciudad de México durante las primeras décadas del siglo XIX, desde la entrada de Napoleón en España en 1808, hasta el fin de la primera República Federal mexicana en 1836. Resalta que la relación entre las elites y las masas urbanas fue esencial para el desarrollo político de México, tanto durante la lucha por la independencia como en las décadas posteriores.

Cuando se discutían modelos políticos alternativos, los pobres irrumpieron en la política en forma de levantamientos o durante campañas electorales. Warren explica cómo su presencia influyó en la percepción de las elites de cuáles eran los nuevos problemas de la nación y sus potenciales soluciones. Tener el control sobre la Ciudad de México, capital tanto de la Colonia como de la nueva República, era esencial para cualquier grupo que aspirara a ejercer autoridad a nivel nacional. Y la población de la Ciudad de México servía frecuentemente como la primera manifestación de “opinión pública” que respondía a la política nacional.

El estudio de Warren trata de muchos temas interrelacionados: del papel cambiante de las elecciones en el traspaso de poderes a nivel municipal y del Congreso; del lugar de las prácticas electorales en la cultura política de la época; de la relación existente entre el concepto de soberanía popular, la movilización política de las masas, y los programas de las elites de volver a restituir el “orden” en la sociedad; del conflicto entre los gobiernos municipal y nacional acerca de la distribución de la autoridad y del papel de las masas. Resalta la

importancia de las masas urbanas como actores históricos de propio derecho y como objetos del discurso y de los programas de la elite. Elecciones y rituales patrióticos eran esfuerzos de las elites para obtener la legitimidad que emana de la sanción pública cuando al mismo tiempo estas elites trataban de dirigir y limitar la participación política de las masas.

Para poder calibrar el índice de participación electoral en Ciudad de México, el autor pasa revista al estado de la cuestión en otros países europeos y latinoamericanos. Llega a la siguiente conclusión: “Electoral participation rates in Mexico City were comparatively high [...] Voter turnout for municipal elections of the late 1820s and early 1830s fluctuated in the range of 25 to 70 percent” (p. 164). Más tarde, estos porcentajes se reducirían sensiblemente por la crisis de legitimidad del Estado mexicano, a la cual contribuyeron por su parte.

El estudio de Warren es una aportación importante para entender el complejo proceso del *nation-building* en el siglo XIX mexicano. Las elecciones permiten ver el grado de participación del pueblo en la política, pero también los límites de esta participación, si servía para legitimar o deslegitimar el sistema político: toda una lección importante también para la comprensión de las prácticas políticas en el México de hoy.

Después de lograda la independencia, en México surgió gran cantidad de tendencias políticas cuyos representantes debatían intensamente sobre el futuro del país. De este debate político trata el estudio de Will Fowler con el título “México en el período de las propuestas”; cronológicamente, abarca la primera mitad del siglo XIX. El autor mismo describe en el prefacio de su obra la finalidad de su investigación, diciendo que es “a study of the political development of the many factions that surfaced in Independent Mexico, from the achievement of independence in 1821 to General Santa Anna’s last government in 1853-1855. Paying particular attention to the ideas of ideologues such as Francisco Sánchez de Tagle, José María Gutiérrez Estrada, Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante, Mariano Otero, Lorenzo de Zavala, Valentín Gómez Farías, José María Luis Mora, José María Bocanegra, and last but not least [José María] Tornel, this volume concentrates on the evolution of the different factions who sustained their beliefs at one point or another during this period” (p. IX/X).

El pensamiento político mexicano de la primera mitad del siglo XIX ya ha sido analizado desde diferentes perspectivas, por lo general contraponiendo las dos grandes tendencias de la época: conservadores y liberales, como si fueran dos ideologías opuestas y estáticas. Pero como bien dice Fowler, para evaluar correctamente las propuestas políticas de la época, hay que tener en cuenta el contexto nacional, regional y social en el que pensaban y actuaban los “ideólogos” que presentaban sus propuestas, pues esos contextos ayudan a entender los cambios y las mutaciones que se pueden observar en el ideario político de muchos intelectuales de la época.

Guy Thomson ya había diferenciado, en su estudio sobre la Sierra de Puebla, diferentes facciones del liberalismo decimonónico. Ahora Fowler, considerando los cambios de los autores en su visión del mundo de acuerdo con las transformaciones políticas en tiempo y espacio, propone diferenciar cinco facciones políticas, cada una de ellas amplia y heterogénea en sí. Originalmente, la mayoría eran tradicionalistas, que habían desarrollado su pensamiento político en la sociedad colonial, incluyendo más tarde el liberalismo gaditano. A lo largo de los años, algunas de estas posturas se volvieron más conservadoras, otras más liberales, algunas incluso radicales. El centralismo no fue prerrogativa de los conservadores, como se ha afirmado muchas veces, sino que en sus comienzos fue

de inspiración liberal, de las Cortes de Cádiz, y consecuentemente muchos liberales de los años veinte del siglo XIX fueron centralistas.

Para resaltar los cambios en el pensamiento político de la época, Fowler se acerca a su temática cronológicamente, a través de varias fases. La de los años veinte era la fase de las esperanzas, seguida de un creciente desencanto entre los disturbios del Parián y el establecimiento de la República Centralista (1828-1835); en la siguiente fase se profundizaría la desilusión como consecuencia del fracaso del centralismo y la derrota en la guerra contra los Estados Unidos (1835-1847); a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta se puede apreciar una generalizada desesperanza con respecto al (no)funcionamiento del sistema político mexicano.

Estas fases son aplicadas en los diferentes capítulos del libro al desarrollo de la propuesta de las facciones políticas analizadas. Algunos de los pensadores políticos son presentados más en detalle, otros sólo en sus rasgos generales. Al final de la época analizada, más de uno veía la única solución en el establecimiento de una dictadura. Fowler expone en el prefacio de su obra: “This study aims to offer a comprehensive analysis of how the generalized liberal principles of early republican Mexico became fractured into numerous conflicting political proposals and movements, which, responding to the ever-changing political landscape of the new nation, prevented the emergent Mexican political class from achieving that ever-evasive constitutional order, unity, progress, and stability all dreamt of experiencing” (p. X).

A lo largo de las primeras décadas, el pensamiento político se polarizó continuamente, y finalmente fue imposible para la clase política mexicana llegar a un consenso, a una forma de unidad frente a las amenazas del exterior (Estados Unidos) y de la desmembración del Estado. De todas maneras, en vista de la diversidad geográfica, demográfica y cultural del joven Estado independiente, de los enormes problemas económicos y sociales, de los repetidos ataques intervencionistas de potencias extranjeras, no es llamativo que la clase político-intelectual mexicana no llegara a un consenso en cuanto a la organización del Estado y de la sociedad: “The story of the ways in which Mexico’s political class struggled to find a political system that could somehow overcome all of those problems, and create a utopia in which modernity and tradition could coexist, is both remarkable and tragic” (p. 266).

El libro de Will Fowler es una importante contribución al debate público en el México decimonónico. Ayuda a entender el desarrollo problemático del país, la desunión de sus intelectuales, la falta de consenso en cuanto a propuestas políticas. Sería de desear que pronto siguiera una investigación similar sobre el debate económico que no fue menos apasionado.

Mucho antes de ocuparse del pensamiento político mexicano en términos generales, Will Fowler había estado estudiando durante varias décadas la personalidad de José María Tornel y Mendivil (1795-1853), uno de los políticos y escritores más importantes durante las tres décadas después de la independencia. Sobre la carrera política y militar de Tornel escribió Fowler (en 1994) su tesis doctoral. Pasado algún tiempo, el investigador ya no estaba de acuerdo con sus propias conclusiones, demasiado idealistas; por eso, volvió a ocuparse detenidamente de Tornel. El resultado es el estudio “Tornel y Santa Anna. El escritor y el caudillo”. Como Tornel estuvo ligado, de una forma u otra, casi toda su vida a Santa Anna, como su consejero y amigo intelectual, fue criticado severamente por los liberales contemporáneos (Mora, Zavala, Bustamante) quienes le acusaron

de no tener principios políticos ni integridad política. Pero el concienzudo estudio de este importante personaje político e intelectual de la primera mitad del siglo XIX permite ahondar por lo menos en dos aspectos cruciales de la historia mexicana.

Por un lado, el estudio ilustra en qué grado se desarrolló la clase política mexicana en los inicios de la independencia, haciendo hincapié ante todo en los *santanistas* y su evolución desde un liberalismo radical en los años veinte hasta posturas reaccionarias en los años cincuenta. Fowler propone en su interpretación de estos cambios, que las transformaciones de opinión que caracterizaron el comportamiento político de los *santanistas* (y no solamente los de éstos) no se debían exclusivamente a su oportunismo. Ésta sería una interpretación demasiado simplista. Tornel, por ejemplo, desarrolló a lo largo del tiempo diferentes proyectos políticos siguiendo una lógica particular según cambiaba su ideario ideológico, y estos cambios se debían a que las muchas propuestas políticas de la época fallaron en establecer un marco constitucional estable en el que pudieran compaginarse modernidad con tradición, en el que el progreso no tuviera que oponerse a las necesidades de orden y estabilidad exigidos por los *hombres de bien*. Para los muchos cambios políticos de Tornel hay explicaciones razonables: “His political transformations, although opportune in some cases, were nevertheless consistent in the way that his view clearly changed in response to the specific political contexts with which he was faced” (p. 273).

Por otro lado, examinando la relación de Tornel con Santa Anna a quien sirvió de informante, de propagandista, de confidente, de ideólogo-jefe, se puede llegar a una comprensión más compleja y profunda de las motivaciones e ideas del que fuera nueve veces presidente de la República. Por lo tanto, el libro resalta tanto la complejidad del desarrollo y pensamiento político de la primera fase de la historia nacional de México, como el trasfondo de los cambios políticos de Santa Anna, llegando a una interpretación más sofisticada del comportamiento de éste que la de un oportunista cínico.

Resumiendo su propio libro, Fowler constata al final del mismo: “Tornel emerged as a key player in early republican politics, as one of Mexico’s most interesting and controversial nineteenth-century politicians and as the man who did so much to enable Santa Anna to become one of the most notorious and influential generals of Independent Mexico” (p. 275).

Los dos libros de Will Fowler se complementan; en algunos casos, los argumentos del segundo libro repiten ideas que ya habían sido desarrolladas en el primero. Pero a pesar de estas reiteraciones, el estudio sobre Tornel y Santa Anna profundiza en varios aspectos no tratados antes, ante todo en la íntima conexión existente entre estos dos hombres y en el hecho de que la carrera política de Santa Anna no puede ser analizada sin considerar el decisivo papel de Tornel, su mano derecha intelectual.

Uno de los cambios políticos analizados por Will Fowler es el de federalistas a centralistas o viceversa. La organización del Estado en una república federalista o centralista fue, posiblemente, el aspecto más visible del debate político de la primera mitad del siglo XIX mexicano. Y apenas otra lucha ha sido librada con tanto ahínco y tanta duración en la historia independiente de México como la que se desarrolló entre el poder centripeto en la capital y el federalismo centrífugo de los diferentes Estados mexicanos. Éste es el tema del estudio de Timothy E. Anna; el título, “Forjando México”, ya indica que la polaridad entre centralismo y federalismo es uno de los aspectos cruciales que forjaron la historia nacional de México. Si bien el libro de Anna no se concentra, como los de Fowler, en el análisis de las reflexiones teóricas y del pensamiento político sobre su tema, sí

indaga tanto en las causas teóricas como prácticas del desarrollo de esa polaridad. Además, se interroga por la influencia que pudo haber tenido el modelo de Estados Unidos o el efecto de pensadores europeos. Al igual que Fowler, incluye el auto-interés de diferentes líderes y grupos políticos y militares de la sociedad mexicana.

En México, el “proyecto nacional” de la independencia tomó la forma de República Federal; y para entender el federalismo, primero hay que mirar a las provincias: “One must study the issues of structural crisis and the coalescing of national identity by starting from the demands of the constituent parts and arriving at the whole” (p. IX).

El interés principal de Anna consiste en estudiar los temas más importantes que provenían de las provincias y eran llevados al centro para finalmente culminar en una opción de Estado-nación. Para él, la verdadera “revolución” en la transición de la Colonia a la independencia fue la instauración de una República Federal: con ella, “the old gave way to the new in Mexican history” (p. X). En el verano del año 1823 se logró un consenso político acerca de una República Federal; el cómo y el por qué son las preguntas que el autor pretende contestar.

En los cruciales años de 1823 y 1824, en México prácticamente no existía literatura sobre el republicanismo, pero sí sobre el federalismo. Ya antes de comenzar el movimiento por la independencia, se había hecho notar la presión a favor de autogobiernos provinciales; esta tendencia fue relegada temporalmente a un segundo plano durante la guerra de Independencia, pero después de alcanzada ésta, el tema volvió a surgir rigurosamente. Las elites provinciales insistían en la idea de gobiernos regionales; querían que sus provincias se desarrollaran como entidades sociales y políticas de propio derecho. El “Plan de Iguala” reconocía la existencia política de provincias en cada intendencia, pero el imperio de Iturbide no resolvió el problema. La solución vendría en 1824: “The achievement of the status of statehood with internal sovereignty for each state within a federal republic was both the termination of the process of independence and the beginning of the process of nationhood” (p. XI). Pero, naturalmente, el intento de organización estatal de 1824 no sería, ni mucho menos, el último; fue el primero en una serie de múltiples iniciativas que tendrían lugar a lo largo del siglo XIX.

El proceso de federalización no es interpretado por Anna como un acto de destrucción del anterior virreinato, altamente centralizado por poderosos jefes políticos provinciales. La creación de las intendencias, en 1786, ya había debilitado el centralismo virreinal, ya que éstas, en el fondo, eran una especie de gobiernos provinciales en nombre del Rey; y el proceso de independencia siguió debilitando el concepto tradicional del centralismo, reorientando las relaciones de poder político. Pensar en términos de provincias tiene en México una tradición secular. También la Constitución española de 1812 reforzó la identidad provincial ya que partía de la existencia de provincias, y diputados mexicanos en las Cortes de 1812 serían más tarde los autores de la Constitución federalista de 1824. La creación de una República Federal de Estados soberanos puede ser interpretada como el intento de definir una nación partiendo de identidades regionales pre-existentes. En este sentido, el federalismo mexicano no es una copia del estadounidense, por mucho que se conociera y discutiera en México la organización estatal del país vecino, sino que se deriva de sus propias necesidades y tradiciones.

El estudio de Anna, bien escrito y argumentando convincentemente, es un excelente complemento al debate político analizado desde diferentes puntos de vista por Warren y Fowler.

Otra complementación del debate sobre conceptos federalistas y centralistas, sobre ideas nacionales y regionales, es el tomo colectivo con el título *¡Viva México! ¡Viva la Independencia!*, compilado por William H. Beezley y David E. Lorey y dedicado al examen de las conmemoraciones del Día de la Independencia el 15/16 de septiembre de cada año. El enfoque difiere de los libros presentados anteriormente, tanto temática como metodológicamente; pero permite reconocer el desarrollo de muchos de los problemas aducidos desde un punto de vista de historia cultural, haciendo hincapié en la importancia de símbolos y rituales; este tema remite al estudio de Richard A. Warren, en el que también se incluye la temática de rituales patrióticos.

Construir una nación y una identidad nacional se convirtió, después de 1821 y por décadas, en una de las tareas más difíciles de la política mexicana. Indudablemente, el Día de la Independencia, que se conmemora el 16 de septiembre, cobra en este contexto de ceremonia patriótica una importancia especial: “From its beginnings in the 1820s, the anniversary of Independence from Spain [...] has constituted one of the primary ritual occasions for debating the meaning of Mexico, discussing the form and orientation of the new nation, and stimulating patriotic sentiments” (p. IX). Entre los muchos aspectos que se han analizado con respecto a la celebración de este día, cabe resaltar la consolidación política de un gobierno, la institucionalización de nuevas culturas políticas, la forja de una nación. El análisis histórico de un discurso público que se hace visible en símbolos, actuaciones, música y alocuciones permite un acceso a aspectos de cambio histórico que de otra manera son inaccesibles. El espacio público era, en el siglo XIX, centro de la vida social, y actos conmemorativos en aniversarios patrióticos lograron reunir regularmente a grandes cantidades de gente.

Los estudios reunidos en el libro compilado por Beezley y Lorey demuestran que las celebraciones públicas anuales del “Grito de Dolores” tenían, a lo largo del siglo, tres funciones relacionadas entre sí: en primer lugar, estos espectáculos cumplían, en una población mayoritariamente analfabeta, la función que hoy tienen los medios de comunicación masivos (prensa, radio etcétera) al informar a la población de los problemas candentes en el Estado, del desarrollo de conflictos sociales etcétera, contribuyendo de esta manera a la creación de una comunidad nacional imaginada. En segundo lugar: las celebraciones del Día de la Independencia servían de teatro público, reflejando la estructura social y presentando normas adecuadas de interacción social y de comportamiento en público. En el escenario mexicano se presentaron los individuos, que iban adquiriendo identidad nacional, y el Estado que se expresaba en instituciones nacionales. Y en tercer lugar: los festejos eran un medio de educación informal, donde se podían glorificar valores nacionales y proyectos gubernamentales, se podía orientar al pueblo hacia ideales nacionales, se podía fomentar el patriotismo y legitimar gobiernos nuevos. (Junto a estas funciones “políticas” no se debe olvidar que este tipo de eventos también y ante todo tenía la función del entretenimiento.)

Estas funciones pueden apreciarse en los diez ensayos del libro que resaltan, entre otros aspectos, la paulatina formación de valores abstractos, el debate sobre la fecha adecuada para celebrar la independencia, versiones y variaciones regionales de la conmemoración, la divergente interpretación de la independencia por liberales y conservadores en el siglo XIX, el festejo del Día de la Independencia para resaltar la naturaleza de los principios liberales en la época de Juárez, el nacionalismo que se desarrolla durante el Porfiriato, las festividades con motivo del Centenario en 1910, la relación establecida



por los revolucionarios de 1921 entre la lucha por la independencia y la lucha por la justicia revolucionaria, la comparación entre el Día de la Independencia y el Día de la Revolución (20 de noviembre), institucionalizado en el siglo XX. Sobre la importancia de los eventos analizados en la historia mexicana, los compiladores anotan: “Holiday parades, images, floats, speeches, and contestation all functioned as mirrors that, because of their ability to reflect social reconfigurations, shaped behavior, historical understandings, and identity” (p. XVII).

En varios de los estudios mencionados hasta ahora, se resalta como uno de los mayores problemas con los que tuvo que luchar la joven nación mexicana la agresividad de las potencias extranjeras, que llevó, durante el siglo XIX, a diversas intervenciones y guerras. La primera de estas intervenciones fue —prescindiendo de los intentos españoles a finales de los años veinte por reconquistar el país— la francesa de finales de los años treinta, denominada comúnmente “Guerra de los Pasteles”. Se ha trabajado relativamente poco sobre esta intervención; por eso, el estudio de Faustino A. Aquino Sánchez si bien no es pionero, sí puede reclamar ser uno de los pocos exhaustivos que se han ocupado —desde la perspectiva mexicana, pues no usa fuentes de archivos franceses— del tema.

Para encuadrar correctamente la guerra de 1838/39, el autor comienza su relato en 1821, año de la independencia política de México, y lo continúa hasta el arbitraje inglés de 1844, pues sólo entonces puede considerarse definitivamente terminada la intervención. Desde un principio, se distancia de la definición económico-eurocéntrica del imperialismo, que lo explica como un fenómeno que tuvo por principal causa las necesidades económicas de la Europa capitalista del siglo XIX. Más bien se inclina por la definición de imperialismo presentada por David K. Fieldhouse que podría llamarse periférica, y según la cual “el imperialismo fue la respuesta de los Estados europeos a los diversos problemas creados por el aumento del contacto directo de la civilización europea con las de otros continentes” (p. 323). Como motivo principal de la intervención francesa identifica no el factor económico, sino que habla de diversos factores, entre los que se encuentran algunos que atañen a la naturaleza humana como “las pasiones demostradas por los diferentes protagonistas (la ambición frustrada de Deffaudis, el orgullo, la imprudencia y la beligerancia de Molé, la intransigencia del gabinete francés, el orgullo del gabinete del presidente Bustamante, la xenofobia de la población mexicana, la tenacidad de Cuevas), y los errores de cálculo de mexicanos y franceses” (p. 325). Otros factores son de carácter político (compromisos franceses con la Santa Alianza, inmadurez política de México, guerra civil en México). El gobierno francés quería obtener, por medio de la firma de tratados, igualdad de condiciones para competir con otras potencias comerciales; además, en el caso mexicano, apoyó la pretensión de su representante Deffaudis “relativa al comercio al menudeo, con lo cual violó el principio de igualdad de condiciones y a la vez provocó la guerra y la intervención de Inglaterra” (p. 326).

Que México no pudiera ganar esta guerra, no tenía que ver con la supuesta superioridad de Francia, sino con la situación interna mexicana. Una defensa militar eficiente habría requerido de la existencia de un Estado consolidado; pero “en 1838 lo único que existía en realidad era una demarcación territorial que albergaba a una población apolítica, gobernada por una élite política dividida en facciones cuyos gobiernos, por su miseria económica y su constante pugna por el poder, no sólo no ejercían ningún control efectivo del país, sino que eran juguete de los intereses y de las veleidades de las facciones y de los caudillos militares” (p. 327). Este análisis remite, desde su base empírica, a los

estudios de Fowler y Anna donde se analiza la falta de modernidad estatal partiendo del faccionalismo intelectual; en este caso se trata de la oposición entre centralistas y federalistas. Los intereses de la nación se identificaban con los de la propia facción.

La guerra de 1838/39 no terminó bien ni para México ni para Francia; los resultados fueron insatisfactorios porque no resolvieron las principales cuestiones en disputa (reclamaciones, préstamos forzosos, tratados de comercio...) de manera clara y terminante; años después, volverían a ser la causa de nuevos conflictos. Al no renunciar las potencias europeas a su supuesto derecho a reclamar, el camino siguió abierto para nuevos altercados diplomáticos y militares.

La insatisfacción de Francia se reflejó también durante la segunda intervención francesa, cuando Napoleón III reclamó para su país el lugar que creía merecer en el comercio de México. Esta segunda intervención, en los años sesenta del siglo XIX, ya ha sido investigada extensamente en su desarrollo militar, en sus antecedentes políticos y financieros, en cuanto al establecimiento del Segundo Imperio. En 1998 tuvo lugar, en el Archivo General de la Nación, en México D. F., un encuentro de historiadores mexicanos y europeos cuya finalidad era investigar la fase de la historia de México en la que surgió, después de liquidadas las supervivencias novohispanas, el Estado nacional, cuando tuvo lugar —así reza el título de las actas de este Congreso— “la definición del Estado mexicano 1857-1867”. En la “presentación” de la obra, la que fue en aquel entonces directora del Archivo General de la Nación y encargada de la edición, Patricia Galeana, expone la importancia histórica de ese “tiempo eje” que fue la “década definitoria” del México moderno: fue entonces cuando se definió el ser republicano y laico de México. Esa década, en que coexistieron la República y el Imperio, se inicia al promulgarse la Constitución de 1857. Los conservadores desconocieron la Carta Magna, conformaron un gobierno paralelo al legalmente establecido y recurrieron a la intervención francesa para establecer el Segundo Imperio. Después de una cruenta guerra, el triunfo de la República sobre la Monarquía significó la victoria del laicismo sobre la intolerancia religiosa, el de la sociedad civil sobre los privilegios de las corporaciones eclesiástica y militar, del federalismo sobre el régimen unitario. Después del fusilamiento de Maximiliano, Juárez logró consolidar al Estado mexicano frente a la comunidad nacional e internacional. Se restauró así la soberanía nacional.

El volumen subdividido en siete “mesas” o secciones, contiene las contribuciones de 30 investigadores especializados en el período de la Reforma, la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. Los estudios abordan, desde diversas ópticas, los proyectos políticos y legislativos, los económicos y sociales, los científicos y culturales que se dieron en esa década definitoria. Como suele ocurrir en estos casos, las contribuciones son desiguales, desde más bien generales hasta detallistas, y en vista del amplio espectro temático y metodológico resulta imposible un resumen. Sí se puede resaltar que en todos los casos se trata de ensayos sugerentes, que en su totalidad significan una revisión de muchos aspectos historiográficos sobre el Segundo Imperio. Entre otros temas, también se re-evalúa el papel de Carlota como “mujer política”. Sería de desear que pronto se escribiera una nueva síntesis de toda la década de los años sesenta integrando los resultados expuestos en este tomo.

Una característica de muchos de los estudios presentados es su interdisciplinariedad en el sentido de que no se atienen estrictamente a una de las subdisciplinas historiográficas, sino que tratan de cubrir diferentes metodologías y enfoques. Un caso paradigmático de esta trascendencia disciplinaria es el libro de Margaret Chowning sobre “Riqueza y Poder en el México provincial” que se concentra en el Estado de Michoacán en el siglo

XIX. Lo que a primera vista pudiera parecer una historia político-social, resulta ser también un estudio económico, intelectual y cultural. La pregunta, tan crucial en los estudios de Fowler, Anna y los demás autores de esta reseña colectiva, también guía el interés de Chowning: “To what can we attribute the failures of the Mexican economy and the Mexican political system at that time?” La mayoría de autores reconoce siempre que en un país tan desintegrado como lo fue México en el siglo XIX, la respuesta a esta pregunta sólo se podrá dar contemplando detenidamente el nivel sectorial o regional.

Esta tendencia metodológica se refleja también en el libro sobre Michoacán. Lo que le interesa a la autora es “to untangle the shifting and unpredictable connections between politics, economics, and ideologies as they came into play in the lives of well-to-do provincial Mexicans” (p. 3). Michoacán, a lo largo del siglo XIX, sufrió un desarrollo negativo, pues a finales de la Colonia había sido una provincia relativamente rica, mientras que a finales del Porfiriato estaba eclipsada por casi todos los demás Estados de la República. Entender el por qué del declive michoacano ayuda a entender el problemático desarrollo económico de México en ese período.

Por otro lado, el declive no fue continuo. En lo que se ha llamado la depresión decimonónica de México, en el caso de Michoacán hay que diferenciar dos períodos: hubo un colapso económico después de las guerras de Independencia, en los años veinte, y otro después de la Reforma, mientras que la fase intermedia de los años cuarenta y principios de los cincuenta fue de relativa prosperidad. La autora habla de una historia económica cíclica o pendular de Michoacán: “growth in the late eighteenth and early nineteenth centuries; collapse in the 1810s and early 1820s; more-or-less full economic recovery by midcentury; another depression in the 1860s and 1870s; and, finally, the Porfirian boom” (p. 9). El declive económico después de la Reforma —éste es uno de los resultados del estudio— fue vivido por las elites y las clases medias de manera diferente a la primera depresión de los años veinte, entre otras causas porque ricos terratenientes lograron conservar la mayor parte de su propiedad, estableciendo relaciones beneficiosas (para ambas partes) con los poderosos políticos liberales de clase media.

La Reforma es un período crucial para entender el desarrollo de Michoacán. Si bien por un lado la autora la interpreta como desencadenante de la segunda depresión del siglo XIX, por otro lado “it eventually accomplished much of what the liberals had hoped for: it opened up the provincial (and presumably national) economy and created space for the upwardly mobile middle class”. Por eso propone interpretar la Reforma como el decisivo partaguas no sólo en la historia decimonónica de Michoacán o del liberalismo, sino en la trayectoria política y económica de México desde la independencia.

Parte del estudio se concentra en una familia: los Huarte-Alzúa-Gómez, si bien la perspectiva siempre vuelve a abrirse para enfocar todo el grupo regional de los “ricos”. El libro está ordenado cronológicamente, y en sendos *prologues* a los diferentes apartados se desarrolla la suerte de la familia analizada, mientras que el capítulo mismo es una historia político-económica de Michoacán enfocando siempre a los ricos de la región.

El libro de Chowning es un buen ejemplo de la nueva historiografía regional que incluye preguntas relativas a todo México, las analiza detenidamente a nivel regional y usa sus resultados y conclusiones para enriquecer la argumentación relativa al desarrollo mexicano a nivel nacional.

Los libros presentados en esta reseña son solamente unos pocos de la boyante producción historiográfica sobre México en el siglo XIX. Demuestran, en primer lugar, que el período comprendido entre la independencia y el Porfiriato ya no puede ser caracterizado como “olvidado”; siempre son más los aspectos investigados, desde diferentes puntos de vista, con metodologías diversas y cuestionamientos interdisciplinarios. Y demuestran, en segundo lugar, que el período tampoco puede caracterizarse apodócticamente como “perdido” en el sentido económico, ya que un detallado estudio, ante todo a nivel regional, permite ver que hubo fases de recuperación y desarrollo. Ahora bien: hasta que tengamos una visión global y al mismo tiempo detallada del siglo XIX mexicano, todavía queda mucho por investigar. El tema se nos presenta desafiante.

### Bibliografía

- Anna, Timothy E.: *Forging Mexico 1821-1835*. Lincoln / London: University of Nebraska Press 1998. XIII, 330 páginas.
- Aquino Sánchez, Faustino A.: *Intervención Francesa 1838-1839. La diplomacia mexicana y el imperialismo de librecambio*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia 1997. 340 páginas.
- Archivo General de la Nación: *La definición del Estado mexicano 1857-1867*. México: Secretaría de Gobernación / Archivo General de la Nación 1999. 647 páginas.
- Beezley, William H. / David E. Lorey (eds.): *¡Viva México! ¡Viva la Independencia! Celebrations of September 16*. Wilmington: Scholarly Resources 2002. XVIII, 261 páginas.
- Chowning, Margaret: *Wealth and Power in Provincial Mexico. Michoacán from the Late Colony to the Revolution*. Stanford: University Press 1999. XIV, 477 páginas.
- Fowler, Will: *Mexico in the Age of Proposals, 1821-1853*. Westport: Greenwood Press 1998. XIII, 328 páginas.
- *Tornel and Santa Anna. The Writer and the Caudillo, Mexico 1795-1853*. Westport: Greenwood Press 2000. XV, 308 páginas.
- Kirkwood, Burton: *The History of Mexico*. Westport: Greenwood Press 2000. IX, 245 páginas.
- Krauze, Enrique: *Mexico. Biography of Power. A History of Modern Mexico, 1810-1996*. Translated by Hank Heifetz. New York: Harper Collins Publishers 1997. 854 páginas. Original español: *México. Biografía del poder*. Barcelona: Tusquets 1997. 545 páginas.
- Thomson, Guy P. C. / David G. LaFrance: *Patriotism, Politics, and Popular Liberalism in Nineteenth-Century Mexico. Juan Francisco Lucas and the Puebla Sierra*. Wilmington: Scholarly Resources 1999. XVIII, 420 páginas.
- Warren, Richard A.: *Vagrants and Citizens. Politics and the Masses in Mexico City from Colony to Republic*. Wilmington: Scholarly Resources 2001. IX, 202 páginas.